

ROBERTO GODOFREDO CHRISTOPHERSEN ARLT – El gato cocido; La luna roja

*Gloria Elizabeth Riveros Fuentes
Maria Barbara Florez Valdez
Virginia Castro Boggio*

ACÁCIA

Número 01, maio de 2018

URL: www.revista-acacia.com.br/2018/01/roberto-godofredo-christophersen-arlt

www.revista-acacia.com.br



Como citar esta tradução

ARLT, Roberto Godofredo Christophersen. El gato cocido; La luna roja. Tradução, prefácio e notas: Gloria Elizabeth Riveros Fuentes, Maria Barbara Florez Valdez e Virginia Castro Boggio. **Acácia - revista de tradução**, Florianópolis, v. 1, n. 1, p. 161-189, 2018. ISSN 2595-3915. Disponível em: <<http://www.revista-acacia.com.br/2018/01/roberto-godofredo-christophersen-arlt>>.



Sobre o autor

Roberto Godofredo Christophersen Arlt (Buenos Aires, 2 de abril de 1900 — Buenos Aires, 26 de julho de 1942) foi um romancista, contista, dramaturgo e jornalista argentino, natural do Bairro de Flores, filho de Karl Arlt e de Ekatherine Iostraibitzer, imigrantes europeus. Escreveu seus primeiros contos à idade de oito anos

Começou a trabalhar em 1924 como secretário de Ricardo Güiraldes e a publicar na revista *Proa* dirigida por Güiraldes; Ele também escreveu relatórios policiais no jornal *Crítica*, e desde então se dedicou ao jornalismo.

Seu primeiro livro, *El juguete rabioso* (1926), é reconhecido como um dos melhores romances argentinos. Em *Los siete locos* (1929) e *Los lanzallamas* (1931), o mundo do submundo de Buenos Aires é retratado de forma muito realista, com seus tangos, delinquentes, prostitutas e rufiões. Recebeu o terceiro prêmio no Concurso Municipal de Literatura com seu romance *Los siete locos* (1932), que é um exame desesperado da desorientação causada pela Primeira Guerra Mundial. Ele viaja para a Espanha e, no seu retorno à Argentina, encontra Juan Carlos Onetti com quem manteve uma boa amizade.

Sobre os textos

Conto 1: *El gato cocido* (1926). Conto 2: *La luna roja* (1933). O estilo narrativo destes contos se manteve livre e independente da estética dominante em seu ambiente - modernismo e vanguarda. Arlt reivindica a vitalidade da língua espanhola falada nas margens de um espaço urbano tão rico quanto o de Buenos Aires nas primeiras décadas do século XX.

Sobre as tradutoras

Virginia Castro Boggio, graduada em Letras Espanhol pela UFSC, atualmente mestranda em Estudos da Tradução na mesma universidade. Maria Barbara Florez Valdez, graduada em Letras Espanhol pela UFSC, atualmente mestranda em Estudos da Tradução na mesma universidade. Gloria Elizabeth Riveros Fuentes, graduada em Letras Espanhol pela UFSC, atualmente mestranda em Estudos da Tradução na mesma universidade.

EL GATO COCIDO

Me acuerdo.

La vieja Pepa Mondelli vivía en el pueblo Las Perdices. Era tía de mis cuñados, los hijos de Alfonso Mondelli, el terrible don Alfonso, que azotaba a su mujer, María Palombi, en el salón de su negocio de ramos generales. Reventó, no puede decirse otra cosa, cierta noche, en un altillo del caserón atestado de mercaderías, mientras en Italia la Palombi gastaba entre los sacamuelas de Terra Bossa, el dinero que don Alfonso enviaba para costear los estudios de los hijos.

Los siete Mondelli eran ahora oscuros, egoístas y enteles, a semejanza del muerto. Se contaba de este que una vez, frente a la estación del ferrocarril, con el mango del látigo le saltó, a golpes, los ojos a un caballo que no podía arrancar de los baches el carro demasiado cargado.

De María Palombi llevaban en la sangre su sensualidad precipitada, y en los nervios el repentino encogimiento, que hace más calculadora a la ferocidad en el momento del peligro. Lo demostraron más tarde.

Ya la María Palombi había hecho morir de miedo, y a fuerza de penurias, a su padre en un granero. Y los hijos de la tía Pepa fueron una noche al cementerio, violaron el rústico panteón, y le robaron al muerto su chaleco. En el chaleco había un reloj de oro.

Yo viví un tiempo entre esta gente. Todos sus gestos transparentaban brutalidad, a pesar de ser suaves. Jamás vi pupilas grises tan inmóviles y muertas. Tenían el labio inferior ligeramente colgante, y cuando sonreían, sus rostros adquirían una expresión de sufrimiento que se diría exasperada por cierta convulsión interior, circulaban como fantasmas entre ellos.

Me acuerdo.

Entonces yo había perdido mucho dinero.

Merodeaba por las calles de tierra del pueblo rojo, sin saber qué destino darle a mi vida. Una lluvia de

polvo amarillo me envolvía en sus torbellinos, el sol centelleaba terriblemente en lo alto, y en la huella del camino torcido oía rechinar las enormes ruedas de un carro cargado de muchas grandes bolsas de maíz.

Me refugiaba en la farmacia de Egidio Palombi.

En el laboratorio, encalado, Egidio trituraba sales en un mortero o, con una espátula en un mármol, frotaba un compuesto. En tanto que yo me preparaba un refresco con ácido cítrico y jarabe, Egidio decía, sonriendo tristemente:

-Esta receta me cuesta ocho centavos, y se la cobraré dos pesos y sesenta y cinco.

Y sonreía, tristemente. O, anochecido, abría la caja de hierro que en otros tiempos perteneció a don Alfonso, sacaba el dinero, producto de la venta del día, y lo alineaba encima del tapete verde del escritorio.

Primero los amarillentos billetes de cien pesos, después los de cincuenta, a continuación los de diez, cinco y uno. Sumaba, y decía:

-Hoy gané ciento treinta y cuatro pesos. Ayer gané ciento ochenta y nueve pesos.

Y sus grandes ojos grises se detenían en mi rostro con fijeza intolerable. Con un anonadamiento invencible me inmovilizaba su crueldad. Y él repetía, porque comprendía mi angustia, repetía, con una expresión de sufrimiento dibujado en el semblante por una sonrisa:

-Ciento treinta y cuatro pesos, ciento ochenta y nueve pesos.

Y lo decía porque sabía que ya había perdido mi fortuna. Y ese conocimiento le hacía más enorme y dulce su dinero, y necesitaba verme pálido de odio frente a su dinero para gozarse más sabrosamente en él.

Y yo me preguntaba:

-¿De quién le viene esta ferocidad?

En un automóvil de seis cilindros me llevaba a casa de su tía Pepa, la hermana de su padre. Allí comía,

para no gastar en el hotel, y la vieja, recordando el egoísmo de su difunto hermano, se regocijaba en esta virtud del sobrino.

Cuando yo llegaba, la tía Pepa me hacía recorrer su caserón, abría los armarios y me mostraba rollos de telas, bultos de frazadas y joyas que ella regalaría a sus futuras nueras y conducíame a la huerta, donde recogía ensalada para el almuerzo o me mostraba las habitaciones desocupadas y la sólida reja de las ventanas.

Si no, hablaba, interrumpiéndose, tomándome de un brazo y clavando en mí sus implacables ojos grises, más grises aún en el arco de los párpados. Y a espaldas del sobrino, me contaba de su hermano muerto, de su hermano que yo comprendía había robado en todas las horas de su vida, para dejar un millón de pesos a los hijos de María Palombi.

La vieja vociferaba:

-Y esa perra tiró todo a la calle.

Cuando nombraba a su cuñada, la tía Pepa masticaba su odio como una carne pulposa, y exaltándose, contábame tantas cosas horribles, que yo terminaba por sentir cómo su odio entrábase a tonificar mi rencor, y ambos nos deteníamos, estremecidos de un coraje que se hacía insoportable en el latido de las venas.

Y yo me preguntaba:

-¿De dónde les viene a esa gente un alma tan sucia?

Y a veces creía en la herencia trasegada de la María Palombi y otras en la continuidad del terrible don Alfonso Mondelli. Después comprendí que ambos se complementaban.

Esta historia explicará el alma de los Mondelli, el egoísmo y la crueldad de los Mondelli, y su sonrisa, que les daba expresión de sufrimiento, y su belfo colgante como el de los idiotas.

Y esta historia me la contó, riéndose, el hijo de la tía Pepa, aquel que fue una noche al cementerio a

robarle el chaleco al padre de María Palombi.

La tía Pepa tenía gallinas en el fondo de la casa, y junto al brasero, siempre acurrucado a su lado, un hermoso gato negro.

Cuando una de las gallinas se «enculecó», la tía Pepa consiguió una docena de «verdaderos» huevos catalanes.

Más tarde nacieron once pollitos, que iban de un lado a otro por el patio de tierra, bajo la implacable mirada de la vieja.

Vigilándoles, el gato negro se regodeaba, enarcando el lomo y convirtiendo sus pupilas redondas en oblicuas rayas de oro macizo.

Una mañana devoró un pollo, y estropeó a otro de un zarpazo.

Cuando la tía Pepa recogió del suelo la gallinita muerta, el gato, soleándose en la cresta del muro, malhumorado, la espiaba con el vértice de sus ojos.

Doña Pepa no gritó. Súbitamente amontonó en ella tanta ira, que, desesperada, fue a sentarse junto al brasero.

Al mediodía el gato entró al comedor. Se deslizó prudentemente, atisbando el ojo gris de la patrona, y deteniéndose a los pies de la mesa, maulló dolorosamente.

La tía Pepa le arrojó un pedazo de carne asada.

Después que los muchachos salieron, la vieja tomó una lata vacía, en cuya tapa circular hizo varios agujeros, y la llenó hasta la mitad de agua.

Preparó también cierto alambre, de esos que se utilizan para atar los fardos de pasto, y llamó al gato

con voz meliflua. Este se deslizó como a mediodía, prudente, desconfiado. La tía Pepa insistía, llamándole despacio, golpeándose un muslo con la palma de la mano.

El gato maulló, quejándose de un desvío, luego, acercose, y frotó su pelaje en la saya de la vieja.

Bruscamente, lo metió en el tacho, con los alambres ató la tapa, echó más carbón en el brasero, colocó la lata encima, y tomando la pantalla, suavemente, movió el aire para avivar el fuego.

Y sentada allí, la tía Pepa pasó la tarde escuchando los gritos del gato que se cocía vivo.

O GATO COZIDO

Eu me lembro.

A velha Pepa Mondelli morava na vila de Las Perdices. Ela era tia dos meus cunhados, os filhos de Alfonso Mondelli, o terrível Seu Alfonso, que batia em sua esposa, María Palombi, no salão de seu armazém de secos e molhados. Certa noite ele explodiu, não se pode dizer de outra forma, no sótão do casarão repleto de mercadorias, enquanto, na Itália, a Palombi gastava com os charlatões de Terra Bossa o dinheiro que Seu Alfonso enviava para custear os estudos dos filhos.

Os sete Mondelli eram agora assustadoramente misteriosos, egoístas e dissimulados, assim como o morto. Conta-se dele que uma vez, em frente à estação ferroviária, arrancou a golpes, com o manípulo de um chicote, os olhos de um cavalo que não conseguia puxar dos buracos o carro sobrecarregado.

De Maria Palombi carregavam no sangue a sensualidade precipitada e nos nervos, o encolhimento repentino, que torna mais calculista a ferocidade no momento do perigo. E demonstraram isso mais tarde.

Já a Maria Palombi já tinha feito seu pai morrer de medo e penúrias num celeiro. E os filhos da tia Pepa foram ao cemitério uma noite, violaram o panteão rústico e roubaram o colete do morto. No colete havia um relógio de ouro.

Eu vivi um tempo entre essas pessoas. Todos os seus gestos transpareciam brutalidade, apesar de serem suaves. Jamais vi pupilas cinzentas tão imóveis e mortas. Eles tinham o lábio inferior ligeiramente caído, e quando sorriam, seus rostos adquiriram uma expressão de sofrimento que parecia exasperada por alguma agitação interna: como se fantasmas circulassem entre eles.

Eu me lembro.

Naquele então eu havia perdido muito dinheiro.

Rondava pelas ruas de terra da vila vermelha, sem saber que rumo dar à minha vida. Uma nuvem de pó

amarelo em redemoinhos me envolvia, o sol alto brilhava pavorosamente e nas marcas do caminho ziguezagueante eu escutava o estrépito das enormes rodas de uma carroça carregada de sacos de milho.

Eu me refugiava na farmácia de Egídio Palombi.

No laboratório, empoado, Egídio triturava sais num morteiro ou passava a espátula num mármore, esfregava um composto. Enquanto eu preparava um refresco com ácido cítrico e xarope, Egídio falava, sorrindo tristemente:

-Esta receita custa oito centavos, mas cobrarei dois pesos e sessenta e cinco por ela.

E sorria tristemente. Ou, ao anoitecer, abria a caixa de ferro que antigamente pertencia ao Seu Alfonso, tirava o dinheiro, produto das vendas do dia, e o alinhava sobre a estofa verde da escrivaninha.

Primeiro as notas amareladas de cem pesos, depois as de cinquenta, em seguida as de dez, cinco e um. Somava e falava:

-Hoje ganhei cento e trinta e cinco pesos. Ontem ganhei cento oitenta e nove pesos.

E seus grandes olhos cinzas se detinham em meu rosto de uma maneira fixa e insuportável. De uma maneira invencível, que me paralisava com sua crueldade e me reduzia a nada. Ele repetia, porque compreendia minha angústia, repetia, com uma expressão de sofrimento desenhada no semblante por um sorriso:

-Cento e trinta e quatro pesos, cento e oitenta e nove pesos.

Falava de propósito porque sabia do meu empobrecimento. E esse conhecimento tornava seu dinheiro mais farto e mais doce, e precisava me ver pálido de ódio diante dele para saboreá-lo ainda mais.

E eu me perguntava:

-De quem herdou essa ferocidade?

Em um carro de seis cilindros ele me levava para a casa da sua tia Pepa, a irmã do seu pai. Comia ali para economizar no hotel, e a velha, lembrando o egoísmo do seu falecido irmão, alegrava-se dessa qualidade do sobrinho.

Quando eu chegava, a tia Pepa me convidava a percorrer o casarão, abria os armários e me mostrava rolos de tecido, amontoados de cobertores e jóias que daria de presente às suas futuras noras e me levava até a horta onde colhia a salada do almoço ou me mostrava os quartos vazios e as sólidas grades das janelas.

Ou então falava, interrompendo-se, tomando-me pelo braço, cravando em mim seus implacáveis olhos cinzas, mais cinzas ainda no arco de suas pálpebras. E, pelas costas do sobrinho, contava sobre seu falecido irmão, que, como eu sabia, havia roubado durante toda a vida para deixar um milhão de pesos aos filhos de Maria Palombi

A velha exclamava:

-E essa cadela jogou tudo pela janela.

Quando falava da sua cunhada, a tia Pepa mastigava seu ódio como um pedaço de carne dura, e, exaltando-se, contava coisas tão terríveis que eu sentia seu ódio me invadindo e acendendo meu próprio rancor, e nós dois parávamos, estremecidos por uma coragem que se sentia insuportável no pulsar das veias.

E eu me perguntava:

-De onde herdaram uma alma tão suja?

Por vezes acreditava na herança deslocada de Maria Palombi e em outras na sucessão do terrível Seu Alfonso Mondelli. Mais tarde compreendi que ambos se completavam.

Esta história explicará a alma dos Mondelli, o egoísmo e a crueldade dos Mondelli, e o sorriso que lhes dava ares de sofrimento, e seu beijo caído idêntico ao dos idiotas.

E esta história me foi contada, rindo, pelo filho da tia Pepa, o mesmo que foi naquela noite ao

cemitério para roubar o colete do pai da Maria Palombi.

A tia Pepa tinha galinhas nos fundo da casa, e junto ao braseiro, sempre aninhado ao seu lado, um belo gato preto.

Quando uma das galinhas se pôs a chocar, tia Pepa obteve uma dúzia de “verdadeiros” ovos catalães.

Mais tarde nasceram onze pintinhos, que passeavam de um lado para outro pelo pátio de terra, sempre sob a supervisão implacável da velha.

Vigiando-os, o gato preto se regozijava, arqueando o lombo e transformando suas pupilas redondas em oblíquas linhas de ouro maciço.

Certa manhã devorou um frango, e escoriou outro na investida.

Quando a tia Pepa recolheu o cadáver do chão, o gato, tomando sol no alto do muro, mal humorado, vigiava-a com o canto do olho.

Dona Pepa não gritou. Repentinamente acumulou tanta raiva, que, desesperada, ela foi se sentar junto ao braseiro.

Ao meio dia o gato entrou na sala de jantar. Deslizou-se delicadamente, espreitando o olhar cinza da dona, e parando aos pés da mesa, miou dolorosamente.

A tia Pepa lhe atirou um pedaço de carne assada.

Depois que os rapazes saíram, a velha pegou uma lata vazia, fez alguns furos na tampa, e encheu com água até a metade.

Também separou uma espécie de arame, daqueles que são usados para amarrar fardos de palha, e chamou o gato com voz melosa. O gato deslizou da mesma forma que ao meio-dia, prudente, desconfiado. A tia Pepa insistia, chamando-o mansamente, batendo a palma da mão em sua coxa.

O gato miou, queixando-se de um obstáculo, depois aproximou-se e esfregou sua pelagem na saia da velha.

Bruscamente, a velha enfiou o gato na lata, amarrou a tampa com os arames, pôs mais carvão no braseiro, colocou a lata sobre o fogo, e tomando suavemente o abano, avivou o fogo.

E sentada ali, tia Pepa passou a tarde escutando os gritos do gato que cozia vivo.

LA LUNA ROJA

Nada lo anunciaba por la tarde.

Las actividades comerciales se desarrollaron normalmente en la ciudad. Olas humanas hormigueaban en los pórticos encristalados de los vastos establecimientos comerciales, o se detenían frente a las vidrieras que ocupaban todo el largo de las calles oscuras, salpicadas de olores a telas engomadas, flores o vituallas.

Los cajeros, tras de sus garitas encristaladas, y los jefes de personal rígidos en los vértices alfombrados de los salones de venta, vigilaban con ojo cauteloso la conducta de sus inferiores.

Se firmaron contratos y se cancelaron empréstitos.

En distintos parajes de la ciudad, a horas diferentes, numerosas parejas de jóvenes y muchachas se juraron amor eterno, olvidando que sus cuerpos eran perecederos; algunos vehículos inutilizaron a descuidados paseantes, y el cielo más allá de las altas cruces metálicas pintadas de verde, que soportaban los cables de alta tensión, se teñía de un gris ceniciento, como siempre ocurre cuando el aire está cargado de vapores acuosos.

Nada lo anunciaba.

Por la noche fueron iluminados los rascacielos.

La majestuosidad de sus fachadas fosforescentes, recortadas a tres dimensiones sobre el fondo de tinieblas, intimidó a los hombres sencillos. Muchos se formaban una idea desmesurada respecto a los posibles tesoros blindados por muros de acero y cemento. Fornidos vigilantes, de acuerdo a la consigna recibida, al pasar frente a estos edificios, observaban cuidadosamente los zócalos de puertas y ventanas, no hubiera allí abandonada una máquina infernal. En otros puntos se divisaban las siluetas sombrías de la policía montada, teniendo del cabestro a sus caballos y armados de carabinas enfundadas y pistolas para disparar gases lacrimógenos.

Los hombres timoratos pensaban: «¡Qué bien estamos defendidos!», y miraban con agradecimiento las enfundadas armas mortíferas; en cambio, los turistas que paseaban hacían detener a sus chóferes, y con la punta de sus bastones señalaban a sus acompañantes los luminosos nombres de remotas empresas. Estos centelleaban en interminables fachadas escalonadas y algunos se regocijaban y enorgullecían al pensar en el poderío de la patria lejana, cuya expansión económica representaban dichas filiales, cuyo nombre era menester deletrear en la proximidad de las nubes. Tan altos estaban.

Desde las terrazas elevadas, al punto que desde allí parecía que se podían tocar las estrellas con la mano, el viento desprendía franjas de músicas, blues oblicuamente recortados por la dirección de la racha de aire. Focos de porcelana iluminaban jardines aéreos. Confundidos entre el follaje de costosas vegetaciones, controlados por la respetuosa y vigilante mirada de los camareros, danzaban los desocupados elegantes de la ciudad, hombres y mujeres jóvenes, elásticos por la práctica de los deportes e indiferentes por el conocimiento de los placeres. Algunos parecían carniceros enfundados en un smoking, sonreían insolentemente, y todos, cuando hablaban de los de abajo, parecían burlarse de algo que con un golpe de sus puños podían destruir.

Los ancianos, arrellanados en sillones de paja japonesa, miraban el azulado humo de sus vegueros o deslizaban entre los labios un esguince astuto, al tiempo que sus miradas duras y autoritarias reflejaban una implacable seguridad y solidaridad. Aun entre el rumor de la fiesta no se podía menos de imaginárseles presidiendo la mesa redonda de un directorio, para otorgar un empréstito leonino a un estado de cafres y mulatillos, bajo cuyos árboles correrían linfas de petróleo.

Desde alturas inferiores, en calles más turbias y profundas que canales, circulaban los techos de automóviles y tranvías, y en los parajes excesivamente iluminados, una microscópica multitud husmeaba el placer barato, entrando y saliendo por los portalones de los dancings económicos, que como la boca de altos hornos vomitaban atmósferas incandescentes.

Hacia arriba, en oblicuas direcciones, la estructura de los rascacielos despegaba sobre cielos verdosos o amarillentos, relieves de cubos, sobrepuestos de mayor a menor. Estas pirámides de cemento desaparecían al apagarse el resplandor de invisibles letreros luminosos; luego aparecían nuevamente como superdread-noughts, poniendo una perpendicular y tumultuosa amenaza de combate marítimo al encenderse lívidamente entre las tinieblas. Fue entonces cuando ocurrió el suceso extraño.

El primer violín de la orquesta Jardín Aéreo Imperius iba a colocar en su atril la partitura del Danubio Azul, cuando un camarero le alcanzó un sobre. El músico, rápidamente, lo rasgó y leyó la esquila; entonces, mirando por sobre los lentes a sus camaradas, depositó el instrumento sobre el piano, le alcanzó la carta al clarinetista, y como si tuviera mucha prisa descendió por la escalerilla que permitía subir al paramento, buscó con la mirada la salida del jardín y desapareció por la escalera de servicio, después de tratar de poner inútilmente en marcha el ascensor.

Las manos de varios bailarines y sus acompañantes se paralizaron en los vasos que llevaban a los labios para beber, al observar la insólita e irrespetuosa conducta de este hombre. Mas, antes de que los concurrentes se sobrepusieran de su sorpresa, el ejemplo fue seguido por sus compañeros, pues se les vio uno a uno abandonar el palco, muy serios y ligeramente pálidos.

Es necesario observar que a pesar de la prisa con que ejecutaban estos actos, los actuantes revelaron cierta meticulosidad. El que más se destacó fue el violoncelista que encerró su instrumento en la caja. Producían la impresión de querer significar que declinaban una responsabilidad y se «lavaban las manos». Tal dijo después un testigo.

Y si hubieran sido ellos solos.

Los siguieron los camareros. El público, mudo de asombro, sin atreverse a pronunciar palabra (los camareros de estos parajes eran sumamente robustos) les vio quitarse los fracs de servicio y arrojarlos despectivamente sobre las mesas. El capataz de servicio dudaba, mas al observar que el cajero, sin cuidarse de cerrar la caja, abandonaba su alto asiento, sumamente inquieto se incorporó a los fugitivos.

Algunos quisieron utilizar el ascensor. No funcionaba.

Súbitamente se apagaron los focos. En las tinieblas, junto a las mesas de mármol, los hombres y mujeres que hasta hacía unos instantes se debatían entre las argucias de sus pensamientos y el deleite de sus sentidos, comprendieron que no debían esperar. Ocurría algo que rebasaba la capacidad expresiva de las palabras, y entonces, con cierto orden medroso, tratando de aminorar la confusión de la fuga, comenzaron a descender silenciosamente por las escaleras de mármol.

El edificio de cemento se llenó de zumbidos. No de voces humanas, que nadie se atrevía a hablar, sino

Acácia - revista de tradução, Florianópolis, v. 1, n. 1, 2018. | ISSN 2595-3915 | www.revista-acacia.com.br

de roces, tableteos, suspiros. De vez en cuando, alguien encendía un fósforo, y por el caracol de las escaleras, en distintas alturas del muro, se movían las siluetas de espaldas encorvadas y enormes cabezas caídas, mientras que en los ángulos de pared las sombras se descomponían en saltantes triángulos irregulares.

No se registró ningún accidente.

A veces, un anciano fatigado o una bailarina amedrentada se dejaba caer en el borde de un escalón, y permanecía allí sentada, con la cabeza abandonada entre las manos, sin que nadie la pisoteara. La multitud, como si adivinara su presencia encogida en la pestaña de mármol, describía una curva junto a la sombra inmóvil.

El vigilante del edificio, durante dos segundos, encendió su linterna eléctrica, y la rueda de luz blanca permitió ver que hombres y mujeres, tomados indistintamente de los brazos, descendían cuidadosamente. El que iba junto al muro llevaba la mano apoyada en el pasamanos.

Al llegar a la calle, los primeros fugitivos aspiraron afanosamente largas bocanadas de aire fresco. No era visible una sola lámpara encendida en ninguna dirección.

Alguien raspó una cerilla en una cortina metálica, y entonces descubrieron en los umbrales de ciertas casas antiguas, criaturas sentadas pensativamente. Estas, con una seriedad impropia de su edad, levantaban los ojos hacia los mayores que los iluminaban, pero no preguntaron nada.

De las puertas de los otros rascacielos también se desprendía una multitud silenciosa.

Una señora de edad quiso atravesar la calle, y tropezó con un automóvil abandonado; más allá, algunos ebrios, aterrorizados, se refugiaron en un coche de tranvía cuyos conductores habían huido, y entonces muchos, transitoriamente desalentados, se dejaron caer en los cordones de granito que delimitaban la calzada.

Las criaturas inmóviles, con los pies recogidos junto al zócalo de los umbrales, escuchaban en silencio las rápidas pisadas de las sombras que pasaban en tropel.

En pocos minutos los habitantes de la ciudad estuvieron en la calle.

De un punto a otro en la distancia, los focos fosforescentes de linternas eléctricas se movían con irregularidad de luciérnagas. Un curioso resuelto intentó iluminar la calle con una lámpara de petróleo, y tras de la pantalla de vidrio sonrosado se apagó tres veces la llama. Sin zumbidos, soplaba un viento frío y cargado de tensiones voltaicas.

La multitud espesaba a medida que transcurría el tiempo.

Las sombras de baja estatura, numerosísimas, avanzaban en el interior de otras sombras menos densas y altísimas de la noche, con cierto automatismo que hacía comprender que muchos acababan de dejar los lechos y conservaban aún la incoherencia motora de los semidormidos.

Otros, en cambio, se inquietaban por la suerte de su existencia, y calladamente marchaban al encuentro del destino, que adivinaban erguido como un terrible centinela, tras de aquella cortina de humo y de silencio.

De fachada a fachada, el ancho de todas las calles trazadas de este a oeste se ocupaba de la multitud. Esta, en la oscuridad, ponía una capa más densa y oscura que avanzaba lentamente, semejante a un monstruo cuyas partículas están ligadas por el jadeo de su propia respiración.

De pronto un hombre sintió que le tiraban de una manga insistentemente. Balbuceó preguntas al que así le asía, mas como no le contestaban, encendió un fósforo y descubrió el achatado y velludo rostro de un mono grande que con ojos medrosos parecía interrogarlo acerca de lo que sucedía. El desconocido, de un empujón, apartó la bestia de sí, y muchos que estaban próximos a él repararon que los animales estaban en libertad.

Otro identificó varios tigres confundidos en la multitud por las rayas amarillas que a veces fosforecían entre las piernas de los fugitivos, pero las bestias estaban tan extraordinariamente inquietas que, al querer aplastar el vientre contra el suelo, para denotar sumisión, obstaculizaban la marcha, y fue menester expulsarlas a puntapiés. Las fieras echaron a correr, y como si se hubieran pasado una consigna, ocuparon la vanguardia de la multitud.

Adelantábanse con la cola entre las zarpas y las orejas pegadas a la piel del cráneo. En su elástico avance volvían la cabeza sobre el cuello, y se distinguían sus enormes ojos fosforescentes, como bolas de cristal amarillo. A pesar de que los tigres caminaban lentamente, los perros, para mantenerse a la par de ellos,

tenían que mover apresuradamente las patas.

Súbitamente, sobre el tanque de cemento de un rascacielos apareció la luna roja. Parecía un ojo de sangre despegándose de la línea recta, y su magnitud aumentaba rápidamente. La ciudad, también enrojecida, creció despacio desde el fondo de las tinieblas, hasta fijar la balastrada de sus terrazas en la misma altura que ocupaba la comba descendente del cielo.

Los planos perpendiculares de las fachadas reticulaban de callejones escarlatas el cielo de brea. En las murallas escalonadas, la atmósfera enrojecida se asentaba como una neblina de sangre. Parecía que debía verse aparecer sobre la terraza más alta un terrible dios de hierro con el vientre troquelado de llamas y las mejillas abultadas de gula carnicera.

No se percibía ningún sonido, como si por efectos de la luz bermeja la gente se hubiera vuelto sorda.

Las sombras caían inmensas, pesadas, cortadas tangencialmente por guillotinas monstruosas, sobre los seres humanos en marcha, tan numerosos que hombro con hombro y pecho con pecho colmaban las calles de principio a fin.

Los hierros y las comisas proyectaban a distinta altura rayas negras paralelas a la profundidad de la atmósfera bermeja. Los altos vitriales refulgían como láminas de hielo tras de las que se desemparva un incendio.

A la claridad terrible y silenciosa era difícil discernir los rostros femeninos de los masculinos. Todos aparecían igualados y ensombrecidos por la angustia del esfuerzo que realizaban, con los maxilares apretados y los párpados entrecerrados. Muchos se humedecían los labios con la lengua, pues los afiebraba la sed. Otros con gestos de sonámbulos pegaban la boca al frío cilindro de los buzones, o al rectangular respiradero de los transformadores de las canalizaciones eléctricas, y el sudor corría en gotas gruesas por todas las frentes.

De la luna, fijada en un cielo más negro que la brea, se desprendía una sangrienta y pastosa emanación de matadero.

La multitud en realidad no caminaba, sino que avanzaba por reflujos, arrastrando los pies, soportándose los unos en los otros, muchos adormecidos e hipnotizados por la luz roja que, cabrilleando de

hombro en hombro, hacía más profundos y sorprendentes los tenebrosos cuévanos de los ojos y roídos perfiles.

En las calles laterales los niños permanecían quietos en sus umbrales.

Del tumulto de las bestias, engrosado por los caballos, se había desprendido el elefante, que con trote suave corría hacia la playa, escoltado por dos potros. Estos, con las crines al viento y los belfos vueltos hacia las apantalladas orejas del paquidermo, parecían cuchichearle un secreto.

En cambio, los hipopótamos a la cabeza de la vanguardia, buceaban fatigosamente en el aire, recogéndolo con los golpes en vacío de sus hocicos acorazados. Un tigre restregando el flanco contra los muros avanzaba de mala gana.

El silencio de la multitud llegó a hacerse insoportable. Un hombre trepó a un balcón y poniéndose las manos ante la boca a modo de altoparlante, aulló congestionado:

-Amigos, ¡qué pasa amigos! Yo no sé hablar, es cierto, no sé hablar, pero pongámonos de acuerdo.

Desfilaban sin mirarle, y entonces el hombre secándose el sudor de la frente con el velludo dorso del brazo se confundió en la muchedumbre.

Inconscientemente todos se llevaron un dedo a los labios, una mano a la oreja. No podían ya quedar dudas.

En una distancia empalizada de friego y tinieblas, más movediza que un océano de petróleo encendido, giró lentamente sobre su eje la metálica estructura de una grúa.

Oblicuamente un inmenso cañón negro colocó su cónico perfil entre cielo y tierra, escupió fuego retrocediendo sobre su cureña, y un silbido largo cruzó la atmósfera con un cilindro de acero.

Bajo la luna roja, bloqueada de rascacielos bermejos, la multitud estalló en un grito de espanto:

-¡No queremos la guerra! ¡No..., no..., no!

Comprendían esta vez que el incendio había estallado sobre todo el planeta, y que nadie se salvaría.

A LUA VERMELHA

Nada se anunciava naquela tarde.

As atividades comerciais se desenvolveram normalmente na cidade. A multidão borbulhava entre as portas de vidro dos grandes estabelecimentos comerciais, ou parava em frente às vitrines que ocupavam todo o comprimento das ruas escuras, respingadas de cheiros de tecidos engomados, de flores e de condimentos.

Os atendentes dos caixas, atrás dos seus guichês de vidro, e seus superiores em atitude rígida, vigiavam com olhar cauteloso a conduta dos seus inferiores.

Contratos foram assinados e empréstimos foram cancelados.

Em distintos pontos da cidade, em momentos diferentes, numerosos casais de jovens juraram amor eterno, esquecendo que seus corpos eram perecíveis; alguns meios de transporte inutilizaram transeuntes descuidados, e o céu além das altas cruzes metálicas pintadas de verde, que seguravam os cabos de alta tensão, pintavam-se de cinza, como sempre ocorre quando o ar encontra-se carregado de úmidos vapores.

Nada se anunciava.

À noite, os arranha céus foram iluminados.

A grandiosidade de suas fachadas fosforescentes, recortadas em três partes sobre o fundo escuro, amedrontava os homens humildes. Muitos formavam uma ideia desmesurada sobre possíveis tesouros invioláveis, seguros por muros de aço e cimento. Robustos vigias, de acordo com a tarefa recebida, ao transitar pela frente dos prédios, observavam com cuidado os rodapés das portas e janelas, certificando-se de que ali não houvesse nenhum objeto mortal. Em outros lugares se vislumbravam as silhuetas escuras da polícia montada, segurando o cabresto dos cavalos e munidos de carabinas e armas para disparar gases de efeito moral.

Os homens amedrontados pensavam: “Que bom que estamos bem protegidos!”, e olhavam com

agradecimento as mortíferas armas; contrariamente, os turistas que passeavam obrigavam os motoristas a pararem, e com seus bastões apontavam os luminosos nomes de antigas empresas aos seus acompanhantes. Os nomes brilhavam em intermináveis fachadas escalonadas e alguns se alegravam e ficavam orgulhosos ao pensar no poder da pátria passada, cuja expansão econômica era representada por essas empresas e era necessário pronunciar seus nomes próximo das nuvens.

Eram tão altos.

Das sacadas elevadas, de onde parecia ser possível tocar as estrelas com as mãos, o vento desprendia traços de música, blues obliquamente recortados pela rajada de ar. Lâmpadas de porcelana iluminavam jardins aéreos. Camuflados entre as folhas de plantas especiais, vigiados pelo respeitoso olhar dos garçons, dançavam os despreocupados nobres da cidade, homens e mulheres jovens, flexíveis pela prática de esportes e indiferentes por consequência do bem viver. Alguns pareciam açougueiros revestidos de um smoking, sorriam arrogantemente, e todos, quando falavam de quem estava abaixo, pareciam zombar de alguma coisa que poderiam destruir com um golpe de punho.

Os idosos, acomodados nas poltronas de palha japonesa, observavam a fumaça azulada dos charutos ou deslizavam entre os lábios um gesto astuto, ao mesmo tempo em que seus duros e autoritários olhares refletiam uma imbatível segurança e solidariedade. Mesmo entre os rumores da festa não era possível deixar de imaginá-los presidindo a mesa redonda de um diretório, para conceder empréstimos abusivos a um estado de cafres e mulatinhos, sob cujas árvores escorreriam linfas de petróleo.

Abaixo, em ruas mais perturbadoras e profundas do que canais, circulavam os tetos dos carros e bondes, e nos pontos excessivamente iluminados, uma microscópica multidão bisbilhotava o prazer barato, entrando e saindo das portas das danceterias econômicas, que como bocas de grandes fornos vomitavam áureas ardentes.

Nas alturas, em direções oblíquas, a estrutura dos arranha céus se deslocava sobre os céus esverdeados ou amarelados, relevos quadriculados, dispostos de maior a menor. Essas pirâmides de concreto desapareciam ao apagar do resplendor de invisíveis anúncios luminosos; logo apareciam novamente como enormes superdread-noughts, pondo uma cruzada e tumultuosa ameaça de combate marinho ao se acender

timidamente entre as sombras. Foi então que quando aconteceu o estranho fato.

O primeiro violino da orquestra Jardim Aéreo Imperius ia colocar na sua atril a partitura do Danúbio Azul, quando um garçom lhe entregou um envelope. O músico, rapidamente, o rasgou e leu o bilhete; então, olhando seus camaradas por cima dos óculos, deixou o instrumento sobre o piano, deu a carta ao clarinetista, e como se tivesse muita pressa, desceu pela escadinha que permitia subir ao paramento, procurou com seu olhar a saída para o jardim e desapareceu pela escada de serviço, depois de tentar, sem sucesso, acionar o elevador.

As mãos de vários dançarinos e seus acompanhantes se paralisaram nos copos que levavam aos lábios para beber, ao observar a insólita e desrespeitosa conduta deste homem. Mas, antes de que o público se recuperasse de sua surpresa, o exemplo foi seguido por seus companheiros, já que um a um abandonaram o palco, muito sérios e ligeiramente pálidos.

É necessário observar que, apesar da pressa com que executavam esses atos, os que atuavam mostraram certa meticulosidade. Quem mais se destacou foi o violoncelista, que guardou seu instrumento na caixa. Dava a impressão de que negavam uma responsabilidade e «lavavam as mãos». Assim testemunhou alguém depois.

E se tivessem sido só eles...

Os garçons os sucederam. O público, mudo de espanto, sem atrever-se a pronunciar uma palavra sequer (os garçons destes ambientes eram sumamente robustos) os viu tirar os fraques de serviço e atirá-los com desprezo sobre as mesas. O capataz de serviço duvidava, mas observando que o caixeiro, sem cuidar de fechar o caixa, abandonava seu banco alto, sumamente inquieto uniu-se aos fugitivos.

Alguns quiseram utilizar o elevador. Não funcionava.

Subitamente, as lâmpadas se apagaram. Na escuridão, junto às mesas de mármore, os homens e as mulheres que uns instantes atrás se debatiam entre as argúcias dos seus pensamentos e o deleite dos seus sentidos, compreenderam que não deviam esperar. Acontecia algo que excedia a capacidade expressiva das palavras, e então, com certa ordem medrosa, tratando de minorar a confusão da fuga, começaram a descer

silenciosamente pelas escadas de mármore.

O prédio de concreto encheu-se de zumbidos. Não de vozes humanas, já que ninguém se atrevia a falar, mas de murmúrios e suspiros. De vez em quando alguém acendia um fósforo, e pela escada caracol, em distintas alturas do muro, se movimentavam as silhuetas de costas curvadas e enormes cabeças caídas, enquanto nos ângulos das paredes as sombras se desfaziam em saltantes triângulos irregulares.

Não se registrou nenhum acidente.

Às vezes, um ancião cansado ou uma dançarina amedrontada se deixava cair na borda de um degrau, e permanecia ali sentada, com a cabeça abandonada entre as mãos, sem que ninguém a pisoteara. A multidão, como se adivinhasse sua presença encolhida na pestana de mármore, desenhava uma curva junto à sombra imóvel.

O vigia do prédio acendeu durante dois segundos sua lanterna elétrica, e a roda de luz branca permitiu ver que homens e mulheres, enlaçados indistintamente pelos braços, desciam cuidadosamente. Quem ia junto ao muro levava a mão apoiada no corrimão.

Quando chegaram na rua, os primeiros fugitivos aspiraram afanosamente longas lufadas de ar fresco. Não se via uma só luz acesa em nenhuma direção.

Alguém riscou um fósforo em uma cortina metálica, e ali descobriram, nos umbrais de certas casas antigas, crianças sentadas pensativamente, estas, com uma seriedade imprópria de sua idade, levantavam os olhos em direção aos velhos que os iluminavam, mas não perguntaram nada.

Das portas dos outros arranha-céus também se desprendia uma multidão silenciosa.

Uma senhora idosa quis atravessar a rua e tropeçou com um automóvel abandonado; lá, alguns bêbados aterrorizados se refugiaram no bonde cujos motoristas haviam fugido e então muitos, momentaneamente desanimados, se deixaram cair no meio fio de granito que delimitava a calçada.

As crianças imóveis, com os pés recolhidos do lado do rodapé dos umbrais, escutavam em silêncio os

passos rápidos das sombras que passavam em massa.

Em poucos minutos, os moradores da cidade estavam na rua.

Distante dali, de um lugar para outro, as lâmpadas fosforescentes de lanternas elétricas se moviam com a irregularidade de vagalumes. Um curioso resoluto tentou iluminar a rua com uma lâmpada de óleo e, atrás da cúpula de vidro rosado, a chama se apagou três vezes. Sem sibilo, soprava um vento frio e carregado de tensões elétricas.

A multidão aumentava com o passar do tempo.

As sombras de baixa estatura, numerosíssimas, avançavam dentro de outras sombras da noite, menos densas e altíssimas, com um certo automatismo que ajudava a compreender que muitos acabavam de deixar as camas e ainda mantinham a incoerência motora dos semi adormecidos.

Outros, no entanto, preocupavam-se com a sorte de sua existência e marchavam caladamente para o encontro do destino, que eles supunham erguido como um sentinela terrível, atrás daquela cortina de fumaça e silêncio.

De fachada a fachada, a largura de todas as ruas traçadas de leste a oeste abarcava a multidão. Esta, na escuridão, colocava uma camada mais densa e escura que avançava lentamente, semelhante a um monstro cujas partículas são ligadas pelo ofego de sua própria respiração.

De repente, um homem sentiu que estava sendo puxado por uma manga insistentemente. Ele balbuciou perguntas para quem o agarrava, mas, como não lhe responderam, ele acendeu um fósforo e descobriu o rosto achatado e peludo de um grande macaco, que com olhos medrosos parecia interrogá-lo sobre o que estava acontecendo. O estranho, com um empurrão, afastou a besta de si, e muitos que estavam próximos dele perceberam que os animais estavam livres.

Outro identificou vários tigres confundidos na multidão pelas listras amarelas que às vezes fosforesciam entre as pernas dos fugitivos, mas as bestas estavam tão extraordinariamente inquietas que, querendo esmagar o ventre contra o chão, para denotar submissão, obstaculizavam o passo e foi necessário expulsá-las a pontapés. As feras começaram a correr, e, como se estivessem passado uma ordem, ocuparam a

vanguarda da multidão.

Avançavam com a cauda entre as pernas e as orelhas coladas à pele do crânio. Em seu avanço elástico, voltavam a cabeça sobre o pescoço, e seus enormes olhos fosforescentes destacavam-se como bolas de cristal amarelo. Embora os tigres caminhassem lentamente, os cachorros, para se manter a par deles, tinham que mover apressadamente as pernas.

De repente, sobre o tanque de cimento de um arranha-céus, apareceu a lua vermelha. Parecia um olho de sangue descolando-se da linha reta, e sua magnitude aumentava rapidamente. A cidade, também avermelhada, cresceu devagar do fundo da escuridão até fixar a balastrada de seus terraços na mesma altura que ocupava a linha do horizonte.

Os planos perpendiculares das fachadas reticulavam de becos escarlatas o céu de breu. Nas muralhas escalonadas, a atmosfera avermelhada se assentava como uma névoa de sangue. Parecia que devia surgir no terraço mais alto um terrível deus de ferro com o ventre esculpido em chamas e bochechas avultadas com gula carnívora.

Não se percebia som algum, como se por efeito da luz vermelha as pessoas tivessem ficado surdas.

As sombras caíam imensas, pesadas, cortadas tangencialmente por monstruosas guilhotinas sobre os seres humanos em marcha, tão numerosos que o ombro a ombro e o peito ao peito encheram as ruas do começo ao fim.

Os ferros e os balaústres projetavam em diferentes alturas linhas escuras paralelas à profundidade da atmosfera vermelha. Os altos vitrais refulgiam como lâminas de gelo atrás das quais se apaga um incêndio.

Na claridade terrível e silenciosa, era difícil discernir os rostos femininos dos masculinos. Todos pareciam iguais e ensombrecidos pela angústia do esforço que faziam, com os maxilares apertados e as pálpebras entrecerradas. Muitos umedeciam os lábios com a língua, pois a sede os enfebrecia. Outros, com gestos de sonâmbulos, colavam a boca no cilindro frio das caixas de correio, ou no respiradouro retangular dos transformadores das canalizações elétricas, e o suor corria em gotas grossas por todas as testas.

Da lua, fixa em um céu mais negro do que o breu, desprendia-se uma emanção sangrenta e pastosa de

matadouro.

A multidão não caminhava, na realidade, mas avançava por reflexos, arrastando os pés, apoiando-se os uns aos outros, muitos deles adormecidos e hipnotizados pela luz vermelha que, arrastando do ombro a ombro, tornava mais profundos e surpreendentes os tenebrosos côncavos dos olhos e os aflitos rostos.

Nas ruas laterais as crianças permaneciam quietas nos umbrais.

Do tumulto das bestas, engrossado pelos cavalos, se soltou o elefante, o qual, com um trote suave, corria para a praia, escoltado por dois potros. Estes, com as crinas ao vento e os beiços virados para as impressionantes orelhas de abano do paquiderme, pareciam sussurrar-lhe um segredo.

No entanto, os hipopótamos na frente da vanguardia, mergulhavam pesadamente no ar e com ocos golpes, colhiam-no com suas fortes mandíbulas. Um tigre, esfregando seu dorso contra os muros, avançava relutante.

O silêncio da multidão ficou insuportável. Um homem escalou até uma sacada e, colocando suas mãos diante da sua boca, simulando um alto-falante, vociferou congestionado:

-Meus amigos, o que está acontecendo? Eu não sei falar, verdade, não sei falar, mas cheguemos a um acordo.

Desfilavam sem prestar-lhe atenção, e então, o homem secou o suor da sua testa com o dorso do braço cabeludo e misturou-se à multidão.

Inconscientemente todos fizeram sinal de silêncio e levaram as mãos aos ouvidos. Não restavam dúvidas.

Em um espaço cercado de atrito e escuridão, muito mais instável do que um oceano de petróleo queimando, lentamente girou em seu eixo a estrutura metálica de um guindaste.

Perpendicularmente um enorme canhão negro colocou sua forma cilíndrica entre o céu e a terra, cuspiu fogo recuando sobre sua armação e um longo assobio, provocado pela bola de aço, atravessou a

atmosfera.

Sob a lua vermelha, tapada pelos arranha céus vermelhos, a multidão explodiu com um grito de pavor:

-Não queremos guerra! Não..., não..., não!

Desta vez, compreenderam que o incêndio havia se alastrado sobre todo o planeta, e que ninguém se salvaria.

REFERÊNCIAS

ARLT, R. G. C. **El gato cocido**. Disponível em:
<<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0p300>>.

_____. **La luna roja**. Disponível em: <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcmd0w3>>.